

la sociología, la antropología, el análisis cultural, la economía... para presentarnos una visión de conjunto sobre el tema estudiado, en la cual nos proporciona elementos sustanciales de tipo comparativo sobre el proceso histórico de Brasil, Perú y Colombia. En conclusión, este libro abre nuevas fronteras para la investigación histórica y social, lo cual coincide con el tema central del que se ocupa, la formación de una frontera transnacional en la Amazonia, algo que es mucho más concreto que aquellas afirmaciones superficiales y malintencionadas que nos dicen que la Amazonia es un patrimonio de la humanidad, un eufemismo elegante para encubrir que es un bocado apetecido por los poderes imperialistas de nuestro tiempo.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Quintín Lame extraviado en la selva retórica del poscolonialismo

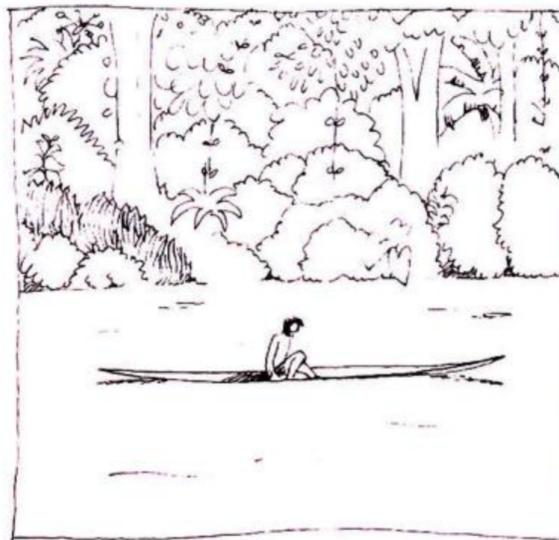
La civilización montés. La visión india y el trasegar de Manuel Quintín Lame en Colombia

Mónica L. Espinosa Arango

Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (Ceso), Bogotá, 2009, 225 págs., il.

En los últimos años se nota una apreciable influencia de los llamados estudios poscoloniales en diversas áreas de las ciencias sociales, pero especialmente en el terreno de la antropología y de los análisis culturales. Aunque los estudios poscoloniales cuentan con una diversidad de autores con una desigual producción, en cantidad y calidad, en nuestro medio se ha impuesto aquella línea que procede de las universidades de los Estados Unidos, o que goza

del respaldo de la academia de ese país y que muestra en términos generales dos características distintivas: de un lado, el uso de una jerga lingüística insufrible, y de otra parte un culto autorreferencial sobre los mismos autores y las mismas obras. Decimos que una jerga, porque en gran medida a lo que se recurre es al abuso de las metáforas, de los tropos y del lenguaje estereotipado que hace difícil comprender en realidad que quieren decir los autores. Esto es un resultado de la forma expositiva del posmodernismo, con sus giros rizomáticos, que en gran medida ha sido asumida por el poscolonialismo. El otro problema autorreferencial tiene que ver con el hecho que ellos se alaban y se citan entre sí todo el tiempo, cuando no es que un mismo autor poscolonial se refiere de manera permanente a sí mismo y a sus realizaciones y se autocita en forma obsesiva, con una gran dosis de narcisismo intelectual.

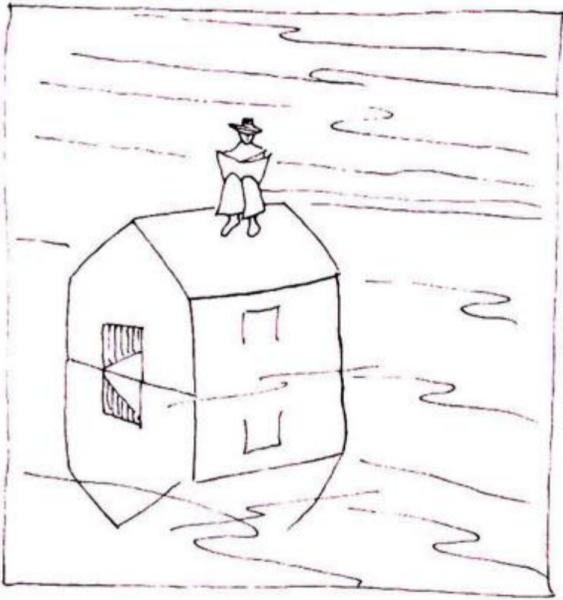


Al margen de estos detalles, la discusión de fondo radica en si el análisis poscolonial es pertinente para la realidad colombiana y latinoamericana, si se tiene en cuenta que surgió en contextos históricos y culturales completamente diferentes a los nuestros, en un ambiente relacionado con territorios que se descolonizaron a mediados del siglo xx. Este asunto, casi nunca asumido por aquellos autores influidos por la retórica poscolonial, es crucial a la hora de ventilar la influencia de estos marcos teóricos, en apariencia sofisticados, pero que a veces lo único que hacen es

cambiarle el nombre a las cosas, para utilizar unos términos rebuscados con los que denominan a procesos ya analizados en forma suficiente desde otras perspectivas teóricas.

Algunos de estos problemas aparecen en el libro *La civilización montés* de Mónica Espinosa, un texto difícil de analizar porque presenta varios problemas de construcción y de exposición. Para comenzar, no se logra comprender cuales son al final los objetivos de la autora, porque a lo largo de la exposición hay un continuo ir y venir entre temas diversos, a tal punto que resulta complicado encontrar un hilo argumental claro y coherente. Esto implica que en algunos capítulos no se hable de manera directa del tema central, sino que se den muchos giros y digresiones innecesarias. Así, no se sabe con claridad si se quería hacer una reconstrucción histórica, una indagación cultural o una reconstrucción de la memoria o todo a la vez. Al respecto, la autora afirma: "en esta investigación sobre la visión india y el trasegar de Lame, mi interés sigue siendo *entender los procesos históricos* de transformación de 'grupos étnicos' que forjan 'identidades'" (pág. 38, resaltado nuestro). En otra parte sostiene: "Mi objetivo es [...] lograr sumergirme y sumergir al lector o lectora en la *complejidad del recuerdo: las formas de memorización y rememoración social y cultural* de hechos, el silenciamiento y su inscripción textual, así como en la activación de la *memoria cultural* a través de repertorios donde lo visual, lo oral, lo corporal y lo ritual desempeñan un papel central" (pág. 41, resaltados nuestros). Aunque estas dos cosas están relacionadas, en sentido estricto son diferentes y se van a manifestar en la confusión que muestra el libro, en el que aparecen dos partes muy bien diferenciadas: una primera, formada por los tres capítulos iniciales, y una segunda por los dos capítulos finales. En la primera la referencia es la memoria y en la segunda la historia. En la primera la exposición es complicada y poco atractiva, en la segunda es más clara y precisa.

Para complicar el asunto, la autora sostiene en otra parte: "Este libro explora la visión india y el trasegar de Lame, para adentrarse en esa zona limítrofe de la historia donde el otro responde y se toma la voz, habita la alteridad impuesta del indio y la reconstruye, interpela la Historia, recrea su memoria y crea íconos, se moviliza en torno a ellos y los pone de cara a nosotros" (pág. 41, resaltado nuestro). Aparte de lo innecesariamente oscura que es la afirmación, ésta parece referirse a un asunto de reconstrucción de memoria por parte de los indígenas lamistas, lo cual reforzaría la idea expresada un poco antes sobre la complejidad del recuerdo, que apunta como principal finalidad al análisis de la memoria.



Al respecto la autora es algo confusa en su disertación, por las categorías que emplea, como memoria cultural que distingue de la memoria histórica, memoria moral, recuerdo; lo que persigue es reconstruir la memoria del lamismo en diversos momentos históricos, desde la misma época de Quintín Lame hasta su muerte, ocurrida a finales de 1967. En ese mismo capítulo, después de una larga disquisición teórica, la autora concluye que Lame es un "subalterno" y que puede hablar, aunque ella haya dicho que no va a hablar sobre o de los subalternos sino *al lado de* los subalternos, porque "la estrategia consiste en hablar *al lado de* [...] Lame y sus seguidores, sus reclamos

de saber, justicia y libertad, su escenificación del poder y las estrategias de movilización política que formaron parte de una visión y trasegar. Mi objetivo es restituir su posición de interlocución en la construcción de la historia moderna de Colombia y contribuir así a repolitizar su voz" (pág. 38). Un objetivo loable que, sin embargo, se pierde en gran medida por los problemas de construcción lógica que tiene el libro.

El otro concepto central en la exposición de la autora, la civilización montés, es retomado del propio Quintín Lame, quien en uno de sus últimos escritos, *La bola que rodó en el desierto* (1963), lo había mencionado. La escritora lo retoma entendiéndolo como un concepto central en la cosmovisión de Lame, quien lo empleó para reivindicar que el monte es un lugar de sabiduría y donde gestó su concepción de una lucha mesiánica encaminada a redimir a los indígenas, porque son seres humanos e iguales ante el Dios católico (Lame era un devoto religioso).

En el segundo capítulo del libro, en el cual se precisa qué se entiende por civilización montés, de nuevo la autora se explaya en cuestiones que la alejan del asunto principal, para disertar sobre racismo, colonialidad, subalternos y otros tópicos propios del poscolonialismo, pero que no aparecen clara ni directamente conectados con la noción de la civilización montés, aunque, por supuesto, se enuncien ideas interesantes que se habrían podido señalar sin tantos meandros retóricos sobre modernidad y colonialidad. Por supuesto, no estamos diciendo que no sea fundamental hablar sobre racismo y colonialismo, sino que en este aspecto lo que resulta insoportable es la jerga empleada para referirse a esos temas, que conduce a dar muchos rodeos teóricos para señalar evidencias, establecidas con claridad en otras investigaciones que se refieren a Quintín Lame y a los indígenas, sobre la discriminación racial, sobre la opresión de los grupos étnicos, sobre el despojo de la

tierra y de la cultura a que han sido sometidos desde 1492 y cosas por el estilo.

En este sentido, en los primeros capítulos Quintín Lame es más bien un pretexto secundario, porque la mayor parte del tiempo la autora se refiere a temas coetáneos, que alejan al lector del tema planteado. No se sabe en esos casos si se está reflexionando con referencia al asunto principal o sólo es una oportunidad de mostrar que se han hecho lecturas diversas sobre distintos temas de la antropología desde una perspectiva poscolonial. En esa tónica, el primer capítulo titulado "En búsqueda de Manuel Quintín Lame", es un galimatías en el que se habla en forma indistinta de algunos datos biográficos del personaje, se intenta hacer un balance de algunas de las obras escritas sobre Lame y el lamismo, sin que aparezca bien definida una postura de la autora ante esas obras y autores. Luego, se adentra en unas reflexiones sobre identidad, etnografía y memoria que se habrían podido abreviar o por lo menos tratar de una manera un poco más clara.

Algo similar sucede en el tercer capítulo, en el que se considera el tema de la injusticia y la libertad; en él se citan largos pasajes del tratado de Lame y después se dan dos súbitos saltos, uno de tipo histórico y muy largo sobre las guerras justas y al final otro sobre "memoria moral y curación social", en el cual se opera con un testimonio, uno solo, para extraer una conclusión sorprendente y poco justificada. Se trata de un seguidor de Lame, José Manuel Yaima, quien conservaba documentos del líder indígena y a su vez realizaba ritos de recuperación de medicina tradicional (págs. 113-117). Al relacionar estas dos cosas, a partir de la idea de Reyes Mate sobre la memoria de los vencidos, la autora saca la sorprendente conclusión que el lamismo se había convertido en una ética de la vida, algo poco discutible, y en una especie de curación social, algo bastante polémico, porque a partir de un solo testimonio es muy difícil obtener

una conclusión tan rotunda. Para ello, habría sido necesario, al margen de un testimonio marginal, que se hubiera indagado si eso es lo que creen y practican los actuales herederos de Quintín Lame, en el Cauca y el Tolima. Pero no hay nada que se haya hecho en esa dirección.

Para abreviar, los tres primeros capítulos son los más áridos del libro porque se mueven entre las disquisiciones antropológicas, el análisis textual del principal escrito de Quintín Lame, las digresiones innecesarias y la retórica poscolonial. Es en esta parte donde Quintín Lame resultó extraviado en la maraña terminológica del poscolonialismo.



Pero en los dos últimos capítulos, en los que se sigue una exposición más rigurosa de tipo histórico sobre la quintinada (capítulo cuarto) y el lamismo (capítulo cinco), el libro tiene un cambio evidente, porque es mucho más ágil, bien elaborado, claro y coherente, sin tantas argucias retóricas. Es allí donde se aprovechan las fuentes documentales sobre la vida y acción de Quintín Lame y con rigor se reconstruye, basándose en la consulta documental, la lucha de Lame entre 1910 y 1967. Se detallan en todo un capítulo los aspectos centrales de la quintinada, es decir, la movilización indígena que se generó en el Cauca entre 1910 y 1921, la formación del Consejo Indio de Indias, las alianzas políticas y sociales de Quintín Lame entre 1922 y 1930 y las relaciones que el líder indígena estableció con el socialis-

mo, la separación entre la lucha de Lame y la de Eutiquio Timote y José Gonzalo Sánchez, estos dos últimos militantes del Partido Comunista. Una parte central se dedica al análisis sobre la recuperación del gran resguardo de Ortega y Chaparral entre 1931 y 1939. La autora también analiza, aunque de manera marginal, el impacto que la violencia bipartidista ejerció sobre la lucha encabezada por Quintín Lame y sus efectos negativos en las comunidades indígenas. En general, en el último capítulo se logra una integración interesante entre la historia y la memoria, porque en el relato se combina el uso de documentos de archivo con testimonios orales de personas que conocieron de manera directa a Lame o que han sido influidos, sin conocerlo, por su prédica y trasegar. Estos dos últimos capítulos salvaron al libro del naufragio total.

Al final queda una duda, porque si la autora afirmó al comienzo del libro que iba a hablar al lado de los subalternos, en este caso los seguidores de Lame, para recuperar y repolitizar su voz, el texto se remite sólo al trasegar de Quintín Lame, pero no estudia sus influencias posteriores, la reapropiación o recreación de sus enseñanzas y la manera como diversos sectores de las sociedades indígenas han recuperado la memoria de sus luchas, las cuales han tenido un sentido claramente político en los últimos cuarenta años, si tomamos como fecha de referencia la fundación del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), en 1971.

Cuando se acaba de leer el libro, queda la sensación que esta no es la *biografía definitiva* sobre la vida, la lucha y el pensamiento de Quintín Lame, y lo podía haber sido, si se tiene en cuenta que la autora tuvo acceso a un impresionante acervo documental en varios archivos del país. Hasta ahora, ningún otro investigador que se haya ocupado de Quintín Lame contó con tan copioso y diverso material. Por eso, da la impresión que en gran medida se desaprovechó tan rico y amplio material his-

tórico, en gran parte por el sesgo poscolonial que la autora le dio a su enfoque y el cual a la larga se convirtió en un obstáculo para reconstruir la vida del gran luchador indígena que fue Quintín Lame.

Desde el punto de vista formal es necesario hacer un comentario. En el libro se reproducen cuatro mapas y dieciséis fotografías. Los mapas están bien elaborados y son bastante útiles, pero las fotografías son lamentables, borrosas e impresentables. Y que no se diga que eso se debe a su antigüedad, porque ahora con las técnicas actuales de recuperación digital de información visual es posible mejorar en forma sensible el material gráfico de los libros. En este caso, no se compecede que una editorial universitaria publique un material fotográfico de tan mala calidad.



Para terminar, en el libro se encuentran algunas imprecisiones factuales que deben mencionarse. La autora dice que en 1911 Lame enviaba memoriales al Ministerio del Interior (sic), cuando en esa época se llamaba Ministerio de Gobierno (pág. 28). En dos ocasiones se indica que José Gonzalo Sánchez murió en 1950 (págs. 29 y 167), cuando fue envenenado en 1949. Se afirma que el CRIC fue fundado en 1973 (sic) cuando lo fue en 1971 (pág. 31). Se señala que durante el Cuarto Congreso Nacional Obrero de 1927 fue elegida una mesa directiva de la que formaba parte Tomás (sic) Mahecha (pág. 164) para referirse a Raúl Eduardo Mahecha o a Tomás Uribe Márquez.

Desde luego, estas imprecisiones ni le quitan ni le agregan más confusión al libro de la que genera la jerga poscolonial, en sí misma enmarañada e inaccesible.

RENÁN VEGA CANTOR
Profesor titular,
Universidad Pedagógica Nacional

Pueblo pequeño, infierno grande

**Saboyá. Campesinos, violencia
y educación**

Álvaro Laitón Cortés

Alcaldía Municipal de Saboyá, Bogotá,
2008, 208 págs., il.

Cuando se habla de Colombia se suele afirmar que este es un país de regiones. Más exacto sería decir que este es un país de muchos municipios dispersos a lo largo y ancho de nuestra geografía, lo cual puede constatarse con un dato elemental: en Colombia existen, oficialmente reconocidos, 1.123 municipios. Descontando las grandes ciudades y las ciudades intermedias, al resto se les suele denominar en el lenguaje cotidiano, *pueblos*. Lo que se evidencia cuando alguien, que vive en una vereda, una zona rural distante del casco municipal, y un día a la semana va a vender los productos de labranza o a comprar algo o a departir con amigos y conocidos, a la hora de partir dice: “Me voy para el *pueblo*”.

Aunque el término en este sentido suela hacer alusión a los caseríos que sirven como cabeceras municipales, cuando se hace referencia a un *pueblo* se incluye toda su jurisdicción territorial, con sus veredas y zonas rurales, cuya suma en algunos casos equivale a centenas de kilómetros cuadrados.

Sin embargo, salvo casos excepcionales, la gran mayoría de los colombianos no tenemos la más mínima idea de la existencia de esos cientos de *pueblos*, y mucho menos de sus historias particulares, que

forman parte sustancial de la vida de este país, aunque eso nunca se reconozca.



Por esta circunstancia, resulta digno de aplaudir cuando alguno de los propios habitantes de cada uno de esos *pueblos* se da a la tarea de escribir y publicar parte de la historia de su propio terruño, como forma de recuperar su memoria y dejar escuchar la voz de tantos olvidados, en medio de la absorbente urbanización que devora a esos pequeños pueblos, en el sentido literal de la palabra.

Tal es el caso del libro del educador Álvaro Laitón Cortés, que recupera la memoria de algunos de los pobladores del municipio de Saboyá, ubicado en Boyacá. Aparte de que algunos colombianos hayan escuchado ese nombre porque aparece en la canción *La cucharita* de los Carrangueros de Ráquira (“En la vereda Velandia del municipio de Saboyá, una cucharita e’ hueso me regalaron por amistad [...]”), casi nada sabemos de este pueblo.

El profesor Laitón recupera la voz de diversos pobladores de Saboyá, quienes fueron entrevistados a mediados de la década de 1990, y cuyo testimonio gira en torno a la violencia que atraviesa la historia de este municipio desde comienzos del siglo xx, hasta la década de 1960. En el libro, que está dividido en cinco partes, se reconstruyen recuerdos sueltos del impacto de la Guerra de los Mil Días, de la violencia de la década de 1930—particularmente fuer-

te en algunas zonas de Boyacá—, de la violencia conservadora de las décadas de 1940 y 1950, y de las hazañas criminales del bandolero conservador y clerical Efraín González.

Este trabajo de rememoración, a primera vista no parece muy complejo, por la sencillez y claridad de los textos presentados, los cuales transcriben episodios sueltos e individuales de la experiencia de cada una de las veinte personas entrevistadas. Aunque el texto sea simple, de seguro requirió de una disciplinada labor de elaboración, desde el momento de realizar las entrevistas, pasando por su transcripción y su recreación como texto escrito, una labor que tiene como propósito principal que hable la gente común y corriente.

En este libro se traslucen, a través de un caso particular, los graves problemas que han asolado a gran parte de los pueblos colombianos desde el siglo xix, que aunque se pretendan superados se prolongan hasta el día de hoy. Esos problemas están asociados al poder del bipartidismo como modelador de la vida cotidiana de los habitantes de esos pueblos, a través del sectarismo y del clientelismo. Por eso, debe destacarse que para reseñar cada uno de los testimonios se aclare siempre la filiación partidista de la persona que habla. Este sectarismo partidista cubre, en gran medida, la violencia del siglo xx en muchos departamentos del país (Boyacá, Santanderes, Antioquia, Caldas...) con un barniz político, porque en los municipios y en sus veredas o se era liberal o se era conservador y por eso se daba la vida y se mataba, sin importar si eso mejoraba o no las condiciones de vida de la gente. El odio partidista se alimentaba, además, con el fanatismo religioso, impulsado de manera directa por los conservadores en santa alianza con el clero colombiano, que tenía como su representante a escala local al cura párroco, atizador de odios y justificador de crímenes.

En la vida pueblerina, como la de Saboyá, se aprecia el poder de los gamonales de los dos partidos y la